

YEHUDA KOREN Y EILAT NEGEV

EN NUESTROS
CORAZONES
éramos gigantes

LA IMPOSIBLE HISTORIA REAL DE SIETE ENANOS
QUE SOBREVIVIERON A LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN



Este gran relato de la familia Ovitz compuesta por 7 enanos de 10 miembros, cuenta cómo fueron testigos de lo mejor y a su vez lo peor de la humanidad y de la terrible ironía del destino: ser enanos fue lo que hizo que sobrevivieran al holocausto. Antes de la segunda guerra eran simplemente una familia exitosa de artistas intérpretes populares en Europa Central, hasta que los Nazis los deportaron a Auschwitz en 1944.

Gracias a su enanismo se convirtieron en objetos de estudio del Dr. Mengele y, aunque estuvieron expuestos a los más atroces experimentos, a su vez esto les permitió salvar sus vidas. Como Dice Perla en su relato: «Me salvó el diablo y que Dios se haga cargo de él». La maravillosa historia de los enanos de Auschwitz, mejor conocidos como La *troupe* de Lilliput está contada en una narración literaria perfectamente equilibrada con datos históricos y una entrevista a la menor de las enanas, Perla, quien murió en 2001 no sin antes dejar este brillante testimonio que mezcla las emociones a la perfección y el lector puede sentir que está sentado a su lado escuchando esta increíble historia de éxito y supervivencia de estos enanos.

El árbol familiar de la familia Ovitz

Prólogo

Una larga pausa sigue al sonido del timbre. Ninguna luz se refleja bajo la puerta. No hay movimiento. Ningún sonido apagado incomoda la tarde tranquila.

Dos agujeros, uno encima del otro, atrapan la vista. El más bajo está a unos ochenta centímetros del suelo. Hasta hace no mucho, Perla Ovitz se habría arrastrado para dar un vistazo y habría intentado adivinar, por la apariencia de los pantalones o del vestido, si quien estaba afuera era un amigo o un enemigo. Ahora, confinada en su habitación, está muy débil como para hacer el viaje. Su vigorosa voz sale de un altoparlante en el corredor; exige una identificación. Solo tras hacerlo suena otro timbre y puedes empujar la pesada puerta marrón. Parpadeas en el corredor oscuro. No sabes cómo seguir por temor a resbalarte o a golpearte contra algún mueble, o peor, pisar a tu anfitriona. Mide menos de un metro de altura y podrías aplastarla sin querer.

Su voz es tu brújula, la que te guía adelante. Vas a tientas en dirección de una pequeña silueta que se encuentra en la entrada de una habitación tenuemente iluminada. Espera en el umbral engalanada con un largo y majestuoso vestido carmesí. Permite que el invitado pase de puntillas a su lado. Caminas con mucho cuidado. Solo en ese momento entra ella.

Es su habitación. Las patas de la cama doble han sido serradas y aunque está casi a ras del suelo, al lado hay un banquito que le permite subir al mundo de los sueños. Más allá de una mesita de jardín infantil con sus sillas veo una palangana del tamaño de un niño. Desde el ángulo en el que estás no hay mucha diferencia de altura si la ves de pie o sentada al borde de la cama. Tu primer impulso es agacharte para no disminuirla con tu presencia. Señala hacia el

sofá de tamaño normal que está al lado de su cama. Tienes el cuidado de mantener tus pies sobre el suelo: cruzar tus piernas la golpearía directamente en la cara.

El pelo negro como la noche de esa dama sin edad ni tiempo, parecida a una muñeca, está peinado hacia atrás con cuidado y sujeto con un lazo de terciopelo al estilo de las antiguas estrellas de Hollywood. Siempre está arreglada teatralmente: mejillas con rubor, uñas con esmalte de color rojo intenso. La decoran un par de pendientes, un collar y anillos. «Mientras respires debes tener tu mejor pinta. No quiero que la gente sienta lástima de mí», es su lema recurrente.

Encanta con su sonrisa luminosa y su hablar burbujeante es coloreado con aforismos inesperados: «Un perro apaleado teme hasta a la gente más gentil», es una de las maneras con las que explica su cautela. Pasa la mayor parte de su tiempo sentada en su sillita o acostada, vestida, sobre la cama hecha, ya que por estos días no puede estar de pie más de uno o dos minutos sin ayuda.

Está sola gran parte del día y necesita que todo sea de fácil acceso, un paquete de galletas de chocolate y una caja plástica con manzanas tajadas descansan sobre la cama en caso de que le dé hambre. Un termo con agua está siempre a su alcance.

No puede moverse sin ese bastón que le sirve como prolongación de su mano para empujar, jalar o presionar. Banquitos regados por todas partes le permiten tomar breves descansos mientras da vueltas por el apartamento. Todos los interruptores han sido puestos a su altura. La cocina tiene una estufa que llega hasta mi rodilla y un mecanismo especial le permite abrir la nevera con un empujón de su bastón. Toda la comida está almacenada en la estantería más baja.

Floreros tan altos como ella guardan arreglos de flores de seda y de plástico con sus colores favoritos: violetas profundos y rosados suaves. En la amplia entrada a la sala hay

una pesada cortina roja anudada a ambos lados con gruesos cordeles, como si una función fuera a comenzar. Han transcurrido cuarenta y cinco años desde que Perla Ovitz hizo su última venia, pero el escenario todavía la acompaña. En alguna época, cuando su familia todavía existía, ella amaba las luces: se bañaba incluso con ellas fuera del escenario, en casa. Ahora, atrapada sola en este apartamento inmenso, busca la economía y la seguridad de las lámparas tenues y de las medias sombras.

Sin embargo, los recuerdos de Perla permanecen vívidos en su gloria y en su horror. La suya es la verdadera historia de siete enanos, que en vez de tener a una Blancanieves benévola tuvieron a una bestia. Si bien se puede leer como un cuento de hadas, también visita algunos de los rincones más oscuros del infierno que cualquier ser humano haya experimentado a lo largo de los tiempos.

UNO

Transilvania, 1866

La historia comienza con gigantes.

Se cuenta que hace mucho tiempo, en la montañosa Transilvania del norte, el valle Dolhai estaba poblado con tribus de gigantes. Durante siglos y siglos, tras la creación, vivieron y prosperaron y poblaron la tierra. Y luego llegó el diluvio y todos huyeron hacia las llanas cimas de las montañas. Allí perecieron uno tras otro y cuando las aguas retrocedieron los únicos sobrevivientes salieron a la luz: un gigante y su hija, Roza Rozalina. Sus ojos eran negros como la noche, su pelo rojo como el fuego y tan largo como la tristeza de los sauces. Vagaba apesadumbrada por el valle.

«Padre», suspiró, «me marchito en esta soledad. ¿Alguna vez encontraré un compañero?». Se dirigió hasta el río Iza y, ensoñadora, paseó a lo largo de la ribera. De repente advirtió unas criaturas diminutas que se movían entre las hojas de hierba. Roza Rozalina no cabía en su asombro: jamás había visto seres tan parecidos a ella y, sin embargo, tan pequeños. Tomó un puñado y los acunó sobre su delantal. Estas criaturitas móviles, parecidas a juguetes, la rescatarían de su aburrimiento, pensó. Las examinó de cerca: una en particular atrapó su atención. Era tan bello como la luna y parecía estar menos atemorizado que los demás. Las mejillas de Roza se ruborizaron cuando sintió los pálpitos del amor.

Cuando le mostró su pesca, su padre se alarmó: «Por Dios, mi niña, ¡nuestro tiempo ha terminado! Estas criaturitas heredarán la tierra. ¡Regrésalas de inmediato a su sitio!». Pero Roza Rozalina era incapaz de obedecer. Lavada en lágrimas le rogó al Todopoderoso que uniera su destino con el del pequeño, guapo y valiente hombrecito. Y el To-

dopoderoso la encogió un poco y a él lo estiró otro tanto, hasta que parecieron gemelos en tamaño. Con el tiempo sus descendientes poblaron la tierra. Bautizaron el lugar Rozavlea en honor de su madre gigante y ancestral.

En esa adormilada aldea rumana la antigua leyenda ha pasado de generación en generación. Cada agosto, los cerca de siete mil campesinos que viven allí celebran el festival de Roza Rozalina, y los niños interpretan la historia. En esa misma aldea, tan orgullosa de su legendaria matriarca gigante, un verdadero enano nació en 1866.

Era el tercer embarazo de Frieda Ovitz tras haber dado a luz a un niño y una niña saludables. Estaba muy ansiosa, pues el bebé había dejado de moverse en su interior. En esa remota parte del mundo solo podía aferrarse a la oración o a algún amuleto, o a la esperanza de un milagro. Como era una mujer judía ortodoxa buscó el consejo de su rabino.

«Tu niño vivirá», le aseguró, mientras miraba con seguridad la panza de la mujer que estaba detrás de la mesa que los separaba, «pero no crecerá mucho». Con el corazón roto, Frieda y su marido Leib decidieron conjurar el destino llamando a su hijo recién nacido Shimshon Eizik, tras Sansón, el gigante bíblico. Los primeros años transcurrieron sin complicaciones aparentes, por lo que los padres comenzaron a pensar que se habían salvado. Pero cuando el niño cumplió siete años, incluso ellos tuvieron que aceptar que hacía mucho tiempo había dejado de crecer. Ahondaron en sus recuerdos y le preguntaron a sus mayores. Tan lejos como pudieron recordar, en toda la historia de su familia, no había habido nadie que no hubiera sido alto. El pequeño Shimshon Eizik fue llevado de un doctor a otro, de un curandero y de un sabio a otro. Le prescribieron medicamentos, amuletos, conjuros y pociones sin éxito alguno: no le sumaron ni un milímetro a su estatura. Frieda dio a luz a otros dos niños: sintió alivio cuando pasaron la fatídica edad y continuaron creciendo normalmente.

Al igual que el resto de Transilvania, Rozavlea era parte del imperio austro-húngaro. Los campesinos de esa área rural eran pobres hasta la miseria y las limitadas oportunidades que había, ciertamente, estaban fuera del alcance de un joven con menos de un metro de altura como Shimshon Eizik. Jamás podría esperar levantar un hacha o derribar un árbol o empujar un arado, y cada animal de la granja era para él un monstruo inmenso y amenazador. Cuando Frieda y Leib Ovitz cayeron en la cuenta de que su hijo nunca iba a ser capaz de sostenerse mediante el trabajo físico, invirtieron entonces en su educación. Provisto con varios tutores, fue un estudiante sobresaliente en todas las áreas y así pavimentó su camino de la vida con brillo y afabilidad.

De adolescente quiso llegar a un acuerdo con su destino. Los sabios de la Halachá, la antigua ley de los judíos, eran conscientes de que las malformaciones humanas podían provocar burlas y desprecio. Así fue que Shimshon Eizik encontró consuelo en el imperativo halacháico que dice que si uno ve a un negro, a un indio o a un albino, a un gigante, a un hombre con la cara torcida o a un enano, uno debe decir: «Bendito sea Dios, quien altera al hombre». De esta manera la respuesta negativa a la deformidad era transformada en admiración hacia Dios y sus diversos poderes de creación. La manera tradicional en la que se recitaba la oración era durante el primer encuentro con la persona deforme, como una manera de sobreponerse a la repulsión inicial y así tratar al «alterado» como un igual.

Pero cuando Shimshon Eizik se adentró más en los textos sagrados se consternó al saber que definían a los enanos como lisiados, lo que lo descalificaba para realizar ciertas acciones que solo a los hombres con cuerpos normales se les permite hacer. Incluso si había nacido dentro del linaje de los sacerdotes sagrados, a un enano le era imposible siquiera servir en el templo. Fue en ese momento que un desamparado Shimshon Eizik se dio cuenta de que a pesar de la aparente tolerancia hacia las anomalías, el judaísmo

tendía a exaltar a quienes habían sido bendecidos con un cuerpo perfecto.

Más aún, el folclore judío retrataba a menudo al enanismo como un castigo por alguna mala acción o un pecado. En ocasiones también representaba el menor de dos males. En una antigua historia una pareja sin hijos frecuenta el cementerio para pedirle a Dios por descendencia. Un día, en medio de sus peticiones y llantos, un ángel desciende de los cielos. «Dios ha escuchado sus oraciones y les ha concedido un deseo», les dice el ángel, «pero deben escoger: pueden tener un hijo que no crecerá más que un guisante o una hija alta y saludable que los dejará a la edad de trece para convertirse al cristianismo». La pareja no duda: «Que sea tan pequeño como un guisante».

Y, sin embargo, los enanos pueden servir como símbolos de distinción y mérito, como es el caso del rabino Gadiel, quien fue inmortalizado por el autor S. Y. Agnon. Una especie de *Agnus Dei* judío, Gadiel el Enano se sacrifica heroicamente para salvar a su comunidad del libelo de sangre, la acusación de que su congregación había asesinado a un niño cristiano para conseguir sangre para cocer el pan ázimo de la Pascua. Aún así, antes de la llegada de la genética moderna, el Talmud del siglo III advierte con severidad que «los gigantes no deben casarse entre ellos, pues procrearán mástiles, y los enanos no deben unirse, pues producirán pulgares».

Diminuto en estatura —no era más alto que un niño de cinco— pero a la vez un vivaz y seguro muchacho de diecinueve años, Shimshon Eizik Ovitz buscaba una novia de tamaño normal. Inmerso en una sociedad religiosa que valoraba la educación, la excelencia de Shimshon en los estudios rabínicos y su piedad compensaban la deficiencia física. Le podía ofrecer a su esposa el prospecto de una mejor vida, junto con el respeto que gozaba dentro de la comunidad por ser una persona educada. A pesar de esto la selección de esposas era magra, pues solo doscientos judíos vi-

vían en Rozvlea y no más de unos pocos miles en las aldeas aledañas, representando no más del veinte por ciento de la población. Tras mucho buscar, la casamentera local sugirió a Brana Fruchter, una muchacha de dieciocho años de la aldea vecina de Moisei. Como era habitual con los matrimonios concertados, Brana no tuvo mucho que opinar en el asunto.

Por una u otra razón, Shimshon Eizik decidió dejar sus estudios. Para ese entonces no solo había logrado sobreponerse a cualquier sentimiento de vergüenza o de incomodidad hacia ese cuerpo que creaba una conmoción dondequiera que fuese, sino que también había aprendido a manipular la curiosidad pública y a transformar las burlas en adoración. Su audiencia se olvidaba con rapidez de su tamaño y forma, y quedaba cautiva ante su ingenio y carisma.

Las comunidades judías mantenían una forma de vida antigua y tradicional que se resistían a lo moderno y a las modas liberales. No existía ningún trabajo oficial que la comunidad le pudiera ofrecer, ni siquiera como profesor, pues se convertiría en objeto de burla de la clase. Aprovechaba su elocuencia y la atracción generada por esa apariencia que le permitía deslizarse con facilidad dentro del papel de *badchan* o de juguista, una figura colorida y prácticamente indispensable en las bodas y los festivales o en las ocasiones que le dan a esta dura vida sus momentos más felices. De hecho, la vida se detenía cuando la comunidad celebraba matrimonios, que a menudo eran tan generosos como carnavales, y que creaban la rara oportunidad para que la gente se relajara de una manera aceptable.

Durante las fiestas nupciales, el *badchan* entretenía a los asistentes con sus bufonadas, sus acertijos y anécdotas. Solo una persona culta, con un conocimiento profundo de los protocolos de las bodas y una habilidad para la organización, podía orquestar una empresa tan compleja que involucraba a cientos de invitados. Por lo general, la creación de una nueva familia era un evento que buscaba ser perfec-

to: opulenta comida servida en las vajillas más finas, degustada mientras se portan las ropas más encantadoras y se escucha la mejor orquesta. A pesar de ser una comunidad conservadora y supersticiosa, temerosa del «mal de ojo» que podía acabar con la salud que se esperaba de la descendencia, la deformidad de Shimshon Eizik no desalentaba a los clientes potenciales de contratarlo: sus habilidades lo habían vuelto famoso por toda la región, y más allá.

Meses antes de la boda los padres lo contrataban durante esa semana. Negociaban su tarifa, cubrían sus gastos de viaje y arreglaban su estadía. En las semanas anteriores al matrimonio, Ovitz se preparaba para la ocasión recogiendo información sobre los novios, sus padres y los dignatarios de la comunidad. Escribía canciones y trovas basadas en historias familiares, en hechos varios y en anécdotas, en chismes y rumores, todo a la búsqueda de una buena carcajada. En la celebración misma Ovitz aparecía en el patio decorado vestido elegantemente con un traje negro y un sombrero, portando un bastoncito. Antes de que llegaran los invitados, su asistente, quien siempre viajaba con él, lo subía a una silla que estaba sobre una mesa y que le servía de podio. Desde allí, como un maestro de ceremonias, hacía que su audiencia derramara lágrimas en un momento y estallara a carcajadas en otro. Con sus canciones incitaba a la novia y a su séquito femenino a que lloraran, pues sus versos ofrecían un antídoto catártico para los miedos y las aprehensiones entorno a un futuro incierto:

*Llora tus ojos, oh, novia llena de gracia,
tus lágrimas de diamante iluminan tu encanto.
Este es el momento para gemir en voz alta,
pues pronto serás una esposa.*

De esta manera Ovitz expresaba su simpatía por la joven novia y el novio, cada uno a punto de dejar una infancia segura y sencilla para irse a vivir con una persona prácti-

camente desconocida. En su sermón les recordaba sus respectivos roles conyugales y sus responsabilidades. Pero la tensión se rompía de inmediato tras los votos y la declaración del marido y la mujer. Entonces Ovitz puso su cara divertida y trabajó duro para crear un ambiente jovial, animando a los huéspedes a bailar hasta que cayeran rendidos. Cada tanto anunció a un invitado especial a quien le ofrecería unos versos ingeniosos y alabaría el regalo que este había traído. Como era el bufón, a Ovitz le quedaba bien lanzar pequeñas ironías a los hipócritas y a los tacaños de la comunidad.

Shimshon Eizik Ovitz era un bufón honesto. Divertía a su audiencia con juegos de palabras y cancioncillas extraídas de las frases familiares del pensamiento talmúdico. Medía el ánimo de los invitados al matrimonio y le decía a la orquesta qué tonadas debía interpretar. Bañaba a las abuelas de las novias con frases ingeniosas mientras estas giraban danzando los bailes tradicionales. Después era el turno de los hombres y el jolgorio no paraba hasta las tempranas horas de la mañana. Cuando tenía la oportunidad, tomaba momentos de descanso y se hundía en una silla, pues sus pequeños pies y piernas cortas le proveían un soporte muy frágil.

* * *

La sociedad judía de Europa del este de finales del siglo XIX, con su rigurosidad moral, permitía el entretenimiento solo durante ciertos días feriados y festivos: el teatro era prohibido por indecente. Los *badchans* errantes fueron, en esencia, los actores pioneros del mundo judío, los fundadores del teatro yidis. Gozaban de una gran popularidad, pues suministraban una necesidad humana básica: la liberación. Años después, cuando la ortodoxia judía perdió su control, los hijos de Ovitz siguieron sus pasos y establecieron su propia compañía de vodevil que llevaría el entreti-

miento que se ofrecía primero en las ceremonias religiosas a las tablas de las salas de teatro, todo en beneficio de la diversión pura.

El 2 de noviembre de 1886, Shimshon Eizik Ovitz estaba perdido en sus oraciones cuando escuchó el primer llanto desde la habitación principal. Peszele Fogel, la partera, salió y anunció que era una niña. La llamaron Rozika. Cuando comenzó a caminar se bamboleaba de un lado a otro como un pato. Shimshon Eizik Ovitz reconoció muy bien las temidas señales. El 27 de enero de 1889 nació Franziska, y ella también demostró ser una enana como su padre y su hermana. Si Shimshon y Brana cargaban con el temor de que la marca de la herencia golpearía a su progenie una y otra vez, tenían que suprimirlo y obedecer la orden bíblica de procrear. Pronto siguieron una hija, Mancie, y un hijo, Judah, pero ambos murieron durante el primer año y se llevaron el secreto de su futuro crecimiento a la tumba.

Como entretenedor, Ovitz impresionaba de tal manera a las audiencias con su sabiduría talmúdica, que antes y después de la boda la gente se le acercaba con diversos dilemas religiosos y personales. Muchas de las comunidades judías de la región eran tan pequeñas que no podían darse el lujo de tener un rabino y el académico Ovitz llenaba ese vacío. Él se amoldaba dentro del papel rabínico y se vestía y actuaba como un sabio. En los cuentos de hadas los enanos tienen barbas largas, pero en la vida real la mayoría se rehúsa a tenerlas, pues los hace ver aún más pequeños. Pero Ovitz se cuidaba la barba para parecer respetable.

Con el tiempo dejó de ser el bufón de las bodas para adoptar un nuevo papel como el estimado y errante rabino del condado de Maramures. Se asentaba en una aldea pequeña durante una o dos semanas, dirigía las oraciones y predicaba. Por su parte, la comunidad le ofrecía la estadía y le amoblaba un consultorio. Con frecuencia tenía que lidiar con preguntas concernientes con las leyes alimenticias (kósher) y, en particular, con la separación de la carne y la leche:

¿debía el ama de casa agonizar por el dictamen de si tenía que botar una cubeta de valiosa leche al sospechar que un gramo de carne había caído dentro por accidente?

Si bien tradicionalmente los gigantes son tenidos por estúpidos, solo cuerpo sin cerebro, los enanos, sin importar las opiniones encontradas de la Biblia y los rabinos, eran considerados por el pueblo como grandes sabios con poderes mágicos como compensación divina por lo que se les había privado en pulgadas. Shimshon Eizik Ovitz se beneficiaba de esta creencia popular. Muy rápido se hizo famoso por sus poderes espirituales y la gente llegaba en manadas dondequiera que él fuese.

Rodeado por personas que creían en los milagros, el carismático Ovitz le añadía amuletos, encantos y hechizos a su repertorio. Impondría sus manos sobre la cabeza de un niño enfermo y recitaría una oración. Para una mujer infértil inscribiría una bendición con letras en hebreo antiguo sobre un parche que ella llevaría a todas partes. A menudo ofrecía los servicios de un psicólogo laico pues escuchaba los lamentos de las esposas con problemas maritales y les aconsejaba cómo recuperar la paz en el hogar y a los maridos callejeros.

A Ovitz le pagaban muy bien por sus opiniones y consejos, en especial ciertos hombres de negocios que lo consultaban con regularidad antes de firmar nuevos tratos. Él mismo tenía una buena cabeza para los negocios e invertía sus ganancias en propiedades y tierra. Los documentos oficiales del condado de Maramures atestiguan la popularidad de Shimshon Eizik Ovitz, de su prosperidad y movilidad social: primero fue registrado como «cantor de sinagoga»; en años siguientes como «mago»; y finalmente ganó el nivel de «propietario».

* * *